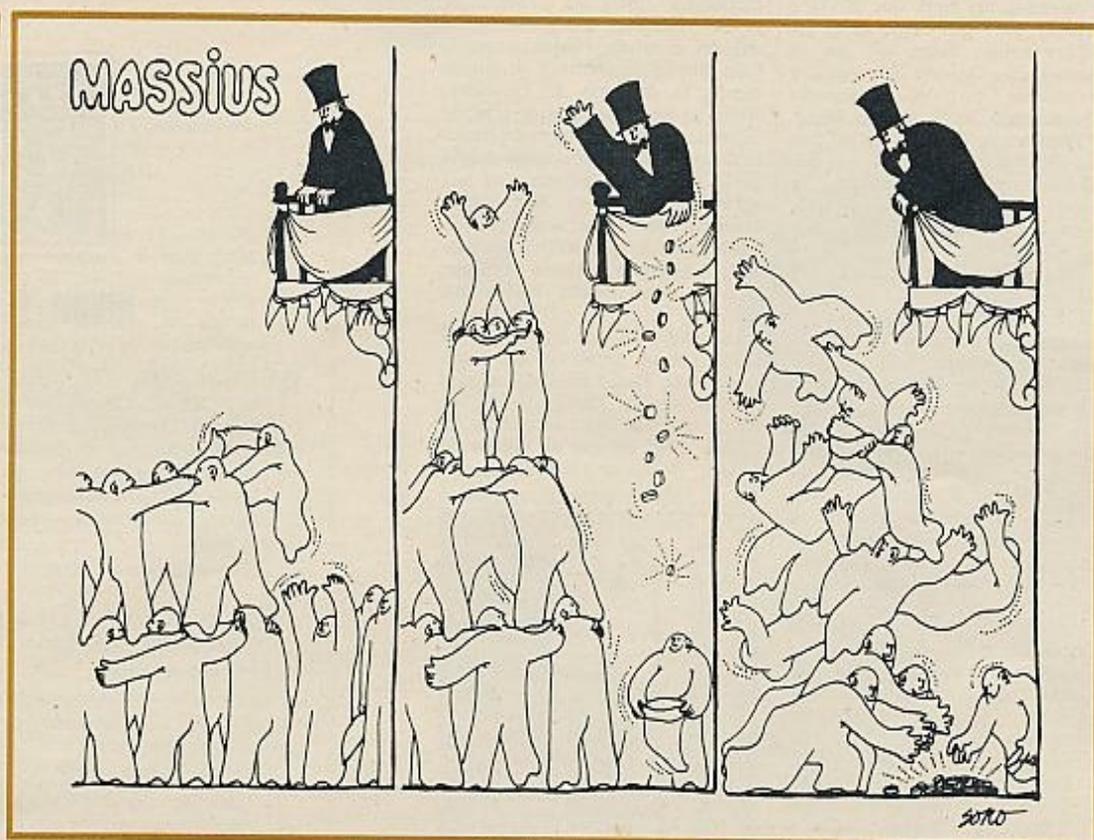


americana en España. Esta penetración, prácticamente nula en los grandes Bancos comerciales, se ha centrado en los industriales y de negocios. En efecto, numerosas entidades bancarias participan en el capital del Banco de Desarrollo Económico Español (BANDESCO), dependiente del Banesto. Los Bancos americanos interesados en el Banesco son: el International Finance Co. y el Morgan Guaranty Trust. En los Bancos de Financiación Industrial y Europeo de Negocios, Bancos industriales, respectivamente, del Vizcaya y Popular, la participación extranjera tiene una gran entidad, alcanzando al 50 por ciento del capital; entre los Bancos americanos que participan en ambos Bancos caben destacarse: en el primero, The First National City Bank, y, en el segundo, The First National City Bank of Boston. El importante Bank of America participa al 50 por ciento con el Banco de Santander en el Banco Intercontinental (importante Banco industrial y de negocios) y en el Banco Comercial para América. El Continental Illinois Bank and Trust Co. of Chicago «se inclinó por el Banco Atlántico a la hora de elegir una entidad con la que entablar una estrecha relación en su proceso selectivo de "cabeza de puente" de la economía mundial». Por último, cinco entidades crediticias internacionales tienen intereses en el Banco del Noroeste, entre ellas, el Bank of Detroit.

A través de todas estas conexiones, los Bancos americanos, entre otros, han iniciado su penetración en la monolítica Banca privada española, si bien su influencia es aún limitada. Ahora bien, la creciente conexión de importantes industrias españolas —muchas de ellas vinculadas también a la Banca— (SOFIVAC, CENEMESA, Standard Eléctrica, EDESA, General Electric Española, PETROLIBER, Esso Petróleos Españoles, Refinerías de P. de Escombreras, Río Gulf de Petróleos, Aiscondel, Monsanto Ibérica, Amóniaco Español, FERTIBERIA, Dow Unquinesa, Altos Hornos), bien a través de la compra directa de acciones, bien por medio de contratos de asistencia técnica, licencias, etcétera, está poniendo en un contacto, cada vez más estrecho, a las principales corporaciones americanas con la economía nacional.

En cuanto a la forma cómo se han realizado, las inversiones americanas se han dirigido a la compra de sociedades ya constituidas o a la creación, en muchos casos, de empresas con dimensiones poco competitivas internacionalmente (a este respecto véase el artículo de Arturo Cabello Moya: «Las inversiones norteamericanas en España», publicado en «Cuadernos para el Diálogo», núm. 25; diciembre 1969; páginas 9 a 20). Las compañías americanas han tenido, en este aspecto, una clara «mentalidad colonizadora». Han buscado fundamentalmente —y ello era y es lógico en una situación como la española— su instalación en el mercado interior más que su conquista. Esta perspectiva se refuerza por el hecho de que numerosas empresas espa-



ñolas (por ejemplo, Barreiros Diesel, S. A.; Altos Hornos de Vizcaya, S. A.; C.A.S.A., etc., etc.), al atravesar una situación crítica con dificultades técnicas y de financiación, recurren directamente a empresas americanas, ya que el papel que ha jugado la Banca privada tradicionalmente —y en otros casos el INI— en todas las crisis industriales excede, a partir de estos últimos años, de sus propios límites y posibilidades, tanto desde el punto de vista técnico como desde el punto de vista financiero. El caso de C.A.S.A., como especial ejemplo del colonialismo más exacerbado, no merece, por ser ampliamente conocido, mayor comentario.

Por último, es evidente que la dimensión de la mayor parte de las empresas constituidas por el capital americano no es la más apropiada para competir internacionalmente y, por tanto, promocionar las exportaciones. Dicha dimensión, como ya se ha indicado, que está en función de la capacidad del mercado nacional, supone que la tecnología empleada no ha sido demasiado avanzada. En suma, las inversiones americanas, que se dirigen también hacia los sectores monopolizados, muestran idénticos defectos que las nacionales, para las que vienen a representar una especie de «seguro de vida». Sus conexiones con el gran capitalismo español, sus conveniencias mutuas, constituyen, casi siempre, un obstáculo más para una reforma. ■

ARTURO LOPEZ MUÑOZ.

## ¿POR QUE BAJA WALL STREET?

La baja de Wall Street ha adquirido proporciones alarmantes. No sólo los financieros y hombres de negocios americanos, sino también los simples ciudadanos norteamericanos muestran inquietud al respecto. Los ahorradores que han colocado su dinero en la Bolsa ven cómo se derrite igual que nieve al sol. Pero se plantea un problema mucho más angustioso: ¿podría producirse un nuevo «crac» como el de 1929, que llevó a todas las economías del mundo al borde del abismo y fue una de las causas lejanas del estallido de la Segunda Guerra Mundial?

Tratemos de aclarar algunos puntos.

¿Cuál es la auténtica magnitud de la baja de Wall Street?

La crisis comenzó en la primavera de 1969 y tuvo continuos altibajos hasta principios de mayo del 70, cuando, con motivo de la decisión de Nixon de intervenir en Camboya, se agudizó súbitamente para entrar en una especie de caída libre.

El índice Dow-Jones de valores industriales, cotizados a Nueva York, ilustra claramente este fenómeno. El índice había alcanzado un máximo de 950 en mayo del 69. Luego, el 31 del último diciembre, descendió hasta 800, para descender nuevamente hasta 750 poco antes del asunto de Camboya y alcanzar su nivel más bajo, de 630, la semana pasada. En el espacio

de un año, la cotización de Wall Street ha bajado un 35 por ciento (en el último mes solamente bajó un 15 por ciento). Actualmente se encuentra en el nivel más bajo de los quince últimos años.

Las pérdidas sufridas por los veinticinco millones de accionistas americanos representan unos trescientos mil millones de dólares. Si a estas pérdidas se añaden las resultantes del retroceso simultáneo de los mercados de obligaciones, de los préstamos hipotecarios y de las materias primas, se llega a un total fantástico de un billón de dólares, es decir, el equivalente de la renta anual de los Estados Unidos. ¿Cuáles son las causas económicas y financieras?

Las causas profundas de la baja de Wall Street son de orden económico y financiero. Los factores políticos y psicológicos que han agravado la baja no habrían tenido efecto alguno si los Estados Unidos hubiesen sido un país totalmente próspero. El origen de la crisis proviene de la conjugación de los siguientes elementos:

— Baja lenta, aunque ininterrumpida, de la conjugación de los elementos.

— Descenso lento, aunque ininterrumpido, de la producción industrial desde principios del segundo semestre de 1969: las empresas americanas no trabajan actualmente más que a un 80 por ciento de su capacidad.

— Aumento del paro, que afecta a cerca de un 5 por ciento de la población activa, entre los que se cuentan una mayoría de negros y de jóvenes, con el consecuente agravamiento de la tensión social.

— Persistencia del alza de los precios (+6 por ciento anual), que desequilibra todas las estructuras de la máquina económica.

— Préstamos de dinero a un interés muy elevado.

— Desgaste del dólar minado por el déficit presupuestario (— nueve mil millones de dólares para el ejercicio que comienza el próximo primero de julio).

— Agravamiento del déficit de la balanza de pagos.

El descenso en la cotización ha sido provocado, más directamente, por la mengua de los beneficios de las sociedades durante el primer trimestre de 1970, mengua de un 10 por ciento como término medio. En el mes de abril, cuando las firmas de primer plano, como la General Motors (automóviles), Boeing (construcciones aeronáuticas), Bethlehem Steel (aceras), Allied Chemical (productos químicos), Control Data (ordenadores), Standard Oil of Indiana (petróleos), etcétera, anunciaron una disminución considerable de sus beneficios y, en algunos casos, hasta pérdidas, los pequeños y grandes accionistas americanos tuvieron miedo y empezaron a vender sus títulos.

¿Ha influido también el «crac» del I.O.S.?

El «crac» del principal fondo mundial de inversiones en valores bursátiles, el I.O.S. de Bernard Cornfeld, ha provocado una ola de desconfianza hacia todos los organismos de este tipo. Numerosos ahorradores, tanto en los Estados Unidos como en otros países, han tomado ya sus precauciones retirando los fondos que tenían colocados en la Bolsa. Ahora bien, estos fondos de inversiones controlan, por sí solos, un tercio de todas las inversiones de Wall Street. Al verse obligados a hacer frente a importantes solicitudes de reembolso por parte de su clientela, los fondos de inversiones norteamericanos han tenido que vender parte de su cartera para conseguir el líquido necesario para estos pagos. Dichas ventas de títulos han acentuado evidentemente la baja de la Bolsa.

¿Ha perdido confianza el «big business»? ¿Por qué?

El «big business», que había contribuido en gran parte al triunfo de Nixon, ha perdido, efectivamente, confianza en él.

La intervención en Camboya ha cristalizado el descontento entre los industriales y banqueros que deseaban el fin de la guerra en Asia: se han encontrado, por el contrario, con una extensión de las hostilidades.

Esta grave decepción política se ha conjugado con la inquietud que ya sentían respecto de la estrategia

económica, financiera y social de la Administración. Los grandes «managers» americanos estiman que la Casa Blanca no controla, ni mucho menos, la situación. El Presidente Nixon se revela incapaz de arbitrar entre sus consejeros, algunos de los cuales preconizan una continuación de la terapéutica deflacionista que agravará la caída de Wall Street, mientras que otros aconsejan un relanzamiento, que servirá para insuflar oxígeno a la Bolsa, pero que hará al dólar mucho más vulnerable.

La confusión ha llegado a tal punto que un personaje tan respetable como David Rockefeller, presidente de la Chase Manhattan Bank, convoca una conferencia de prensa para criticar al Presidente Nixon.



¿Es posible un nuevo 1929?

En la hora actual, el análisis de todos los datos de la coyuntura americana y mundial no permite a los expertos más autorizados formular un diagnóstico serio referente a las perspectivas de los próximos meses y ni siquiera de las próximas semanas. El impacto de los sucesos políticos es tal que trastorna los cálculos de los expertos mejor situados. La mayoría de los banqueros, financieros y hombres de negocios piensan que podrán superar las dificultades que atraviesa la Bolsa neoyorquina de aquí a algunos meses si Nixon consigue salir del avispero indochino como prometió a los dirigentes del «big business», a los que invitó a cenar el miércoles en la Casa Blanca. Entonces sería factible un proceso de saneamiento financiero y de relanzamiento económico.

El miércoles pasado, Wall Street tuvo un momento de recuperación: el Dow Jones subió más de treinta enteros.

Pero si Nixon no mantiene sus promesas, y se eterniza el conflicto vietnamita, el profeta del pesimismo podría tener razón. ■ JACQUES MORNARD.

**art  
buch  
wald**

## NIXON Y LA BOLSA

WASHINGTON.—"Si tuviera dinero, ahora estaría comprando acciones", dijo el Presidente Nixon el pasado 28 de abril. Y desde que pronunciara esas palabras inmortales, el promedio industrial Dow-Jones ha bajado más de setecientos enteros. La opinión de la mayoría, entre los expertos de Wall Street, es que si el 28 de abril Nixon hubiera invertido dinero en el mercado de valores, esta mañana se habría tirado por una ventana de la Casa Blanca.

Un especialista en inversiones, inveterado trasnochador, me dijo:

—La única forma en que el Presidente hubiera podido ganar dinero era adquiriendo bonos de los Ferrocarriles de Camboya. Y yo le pregunté:

—¿Por qué cree usted que hizo tal declaración?

—Trataba evidentemente de reafirmar la fe en la bolsa de valores —repuso.

—¿Y por qué fracasó?

—Cada vez que el Presidente de los Estados Unidos encuentra tiempo para meterse con el mercado de valores, Wall Street tiembla de pánico. Y es natural. Después de su declaración, la gente se pregunta: ¿Diría algo semejante si el país no fuera realmente mal?

—Entonces, ¿cree usted que hubiera sido más positivo decir: "Si yo tuviera acciones, las vendería"?

—Ante semejante afirmación pienso que el promedio Dow-Jones hubiera subido hasta las nubes.

—El Presidente, sin embargo, debía saber que, al hacer esa declaración, la Bolsa iba a bajar.

—No. Desde la llegada de Nixon a la Casa Blanca, se ha abierto un foso en las comunicaciones entre él y Wall Street. El Presidente se halla tan perfectamente protegido por el personal de la Casa Blanca, que no tiene ni idea de lo que sucede en la Bolsa. Piensa que los que efectúan ventas en plena calle son una pequeña minoría de descontentos, holgazanes, incitadores de disturbios. Está muy lejos de creer que, en realidad, es el centro del país el que hace bajar a la Bolsa.

—La carta tuvo en el Presidente un efecto tremendo, ¿verdad?

—Bueno, resultó una sorpresa para él. Una vez publicada, incluso aceptó ver al director del Banco Chase Manhattan, el cual le dijo que, si no retiraba su famosa declaración acerca de comprar acciones, el promedio Dow-Jones bajaría hasta quinientos.

—¿Y cuál fue su reacción?

—Se le vio preocuparse. Esa noche no pudo dormir. Se levantó temprano y, acompañado de su ayuda de cámara, se fue al monumento Lincoln, donde varios corredores de la firma Merrill, Lynch, Pierce, Fenner y Smith dormían sobre las gradas de piedra. Los despertó. Les dijo que comprendía sus problemas. Trató de explicarles por qué había decidido hacer aquella declaración...

—Pero, ¿le comprendieron ellos?

—Digamos que le escucharon. Pero no le prometieron ningún desfile con serpentinas y cintas para este año, en Nueva York.

(Copyright 1970, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)